

Cuando jugaba así con los más grandes problemas, hacía brillar Carneades su agudo ingenio y ganaba en Roma una popularidad útil al objeto de su embajada. Su famoso discurso sobre la sabiduría política fué una defensa indirecta y habilísima de Atenas, que entrando al pillaje á Oropo, había cometido un acto injusto, pero útil, como Roma había hecho en mil casos con su sabiduría. Se ha dicho que esta escuela, de que Cicerón fué discípulo, no merecía todo el descrédito en que cayó, y cítanse del grande orador estas peligrosas palabras: «Defender el pro y el contra es el medio más seguro de llegar á la verdad.» Defender no; inquirir sí; porque la duda y el examen de todas las fases de una cuestión son el procedimiento científico por excelencia, el que elimina las falsas hipótesis y sólo deja subsistir las teorías verdaderas. También es menester que de estas controversias que hacen tantas ruinas necesarias, quede algo en pie, como la luz que salió de los vasos rotos de Gedeón. Pero ¡cuántas veces, llevado y traído en contrarios sentidos por sutiles discusiones, túrbase el espíritu, fluctúa la conciencia y se pierde el sentimiento de lo justo! Con el probabilismo que enseñaba la nueva Academia, carecen las inteligencias de firme apoyo, tan necesario para llevar la vida honradamente. Así, reconociendo y todo que fermentos de muerte pueden ser también fermentos de resurrección, comprendo que el obstinado defensor de los tiempos pasados, el severo Catón, se alarmara ante aquella lógica destructora que parecía un arma de combate y de liberación á hombres fatigados de sus supersticiones y de las tinieblas en que hasta entonces habían vivido. Después del gran triunfo de Carneades Catón corrió al senado.

«Contestemos cuanto antes, dijo, y despedamos sin más demora á esos hábiles habladores. Persuaden de todo lo que quieren y no se sabría desembarazar la verdad entre sus argumentos. Vayan allá á instruir á los hijos de la Grecia, y guardemos los nuestros sumisos como antes á las leyes y á los magistrados.»

Pero era ya demasiado tarde: habíase ya hecho la iniciación, y al partir de Roma Carneades, dejó en su seno una curiosidad fatal, aquella filosofía de la duda, que dos generaciones después inquietaba también á Cicerón, cuando quería hablar, no como filósofo, sino como hombre de Estado. «En cuanto á la nueva Academia, decía, me guardo bien de provocarla é imploro su silencio, porque si se precipitara sobre los principios que en este momento establecemos, muy luego no dejaría más que ruinas.»

La influencia de Carneades fué continuada por su sucesor Clitómaco, que si no enseñó de viva voz en Roma, propagó en ella á lo menos el escepticismo con sus escritos, de los cuales dedicó uno al poeta Lucilio y otro al cónsul Censorino.

La invasión fué rápida. Menos de dos generaciones después del senadoconsulto, que decía de aquella manera imperativa con que hablaba el senado: «Que salga de Roma esa gente, *uti Roma ne essent*,» iba Pompeyo á Rodas á saludar al filósofo Posidonio y bajaba ante la ciencia sus fascas consulares, prohibiendo á sus lictores llamar, según el uso, á la puerta de la casa (1).

El movimiento que arrastraba á los espíritus en esta dirección era independiente de Carneades y de todas las escuelas filosóficas. El abatimiento de la religión nacional data de más lejos. Cuando una calamidad, peste ó hambre, incendio ó desastre militar, desolaba la ciudad, se irritaban más los romanos por el daño que los dioses no evitaban, que

reconocidos se mostraban por las victorias, en que había puesto el valor del soldado la mayor parte, y se imaginaban que aquellos divinos valedores de sus antepasados habían perdido su poder. En vano multiplicaron los templos y sacrificios, las expiaciones y los juegos sagrados, durante los calamitosos tiempos de la segunda guerra púnica: el cielo había permanecido mucho tiempo sordo á sus ruegos y recurrieron á las supersticiones extranjeras. Después, muerto Aníbal, y alejado el peligro, disminuyó á su vez el prestigio de las divinidades de los vencidos, á lo menos para con los nobles, para los cuales, Ennio, un protegido de Catón, había traducido en latín el libro de Evemero (2). Este viajero decía haber visto en una isla inmediata á la Arabia una columna de oro en la que estaban grabados los hechos y la muerte de Saturno, de Júpiter y demás dioses, antiguos reyes de aquel país, á los cuales la credulidad popular había atribuido la divinidad. Era destruir de un golpe todas las religiones paganas poblar el Olimpo de hombres divinizados.

Y Ennio no respetaba más á los sacerdotes que á los dioses. Sus sarcasmos, dirigidos al parecer sólo á los charlatanes, iban mucho más arriba. «Desprecio, decía, á los augures del país de los marsos, lo mismo que á los arúspices de aldea, á los astrólogos de las esquinas, á los adivinos de Isis y á los intérpretes de los sueños: en ellos no hay ni arte divina ni ciencia humana; son desvergonzados embaucadores, holgazanes ó locos, miserables todos acosados por el hambre. No saben adónde ir y pretenden dirigirnos; prometen tesoros y nos piden un óbolo. Qué tomen de estas riquezas anunciadas el óbolo y nos den el resto.»

Pero es menester hablar gravemente de las cosas tenidas por graves en concepto de los creyentes. Lo que Ennio desprecia con tanta razón era el fondo mismo de la religión latina, porque los antiguos romanos consideraban los signos, que los sacerdotes interpretaban, como una *revelación* divina incesantemente renovada por dioses presentes siempre en medio de su pueblo.

Así los hombres de Estado, dejando libre vuelo á los poetas y letrados, mantenían con su respeto aparente la vieja institución. «No es fácil, decía el pontífice Aurelio Cota, no es fácil negar en público que hay dioses; pero en privado ya es diferente (3).» Y así lo hacía.

Un amigo de Catón, el consejero de Escipión Emiliano y el más honrado de los hombres de aquel tiempo, Polibio, disgustado de la religión popular, que había venido á ser una escuela de escándalo para unos, y para otros una grosera superstición, desterraba de la historia á la Providencia, á la cual reemplazaba por el austero sentimiento del deber individual y público. Negaba que hubiera penas reservadas á los malos; pero establecía severa responsabilidad ante la conciencia y la sociedad; en fin, con ese soberbio desdén de la multitud que tienen con frecuencia los espíritus superiores, no consideraba el culto como un freno útil para gobernar á los hombres (4). Cuando se ve que Catón, augur y censor, no comprendía cómo dos arúspices podían mirarse sin reírse, no se extraña ya que el gobierno dejara ultrajar impunemente á los dioses, con tal de que se respetara á los magistrados (5).

(2) Discípulo de Teodoro, por sobrenombre *el Ateo*. (Diodoro, V, 44-46.)

(3) Cic., *de Nat. deor.*, I, 26; II, 3; y *de Div.*, II, 24. César, pontífice máximo, era ateo.

(4) Polib., VI, 56. Para Varrón, el pontífice Escévola y para el mismo Cicerón la antigua religión no era más que un medio de gobierno.

(5) S. Agust., *de Civit. Dei*, II, 12.

Los hábiles, Varrón, por ejemplo, y el pontífice máximo Escévola que fué cónsul el año 95, salían del embarazo distinguiendo muchas clases de teologías: la de los filósofos, que la razón discutía; la del pueblo y del Estado, que las leyes debían respetar y defender. Esta, como se ha visto, no consistía más que en secas y vanas formalidades, que no interesaban la inteligencia ni el corazón; la segunda era inaccesible al vulgo y no engendraba más que la duda: únicamente la primera, la de los poetas, era amada y viva. Pero ¿qué enseñanza resultaba de aquellas escandalosas imitaciones de las comedias licenciosas de Atenas en que se entregaban los dioses á la irrisión de sus adoradores?

Por más que se expulsara de Roma á los filósofos y á los retóricos, su influencia quedó allí, y la educación griega sustituyendo á la educación etrusca, derramó en el seno de las familias y en el corazón de las generaciones nacientes el desprecio de las antiguas costumbres y de la religión de los antiguos.

Los decretos de expulsión no alcanzaban tampoco más que á los maestros célebres, dejando libres á la oscura multitud, que acudiera á la gran ciudad, á aquellos *Gréculos* que entraban en todas partes, como esclavos, escultores, pintores, preceptores, parásitos; raza engañosa y trapacera, que se buscaba por su agudeza de ingenio y su encanto de palabra.

En la antigua Grecia la educación de los niños había sido una de las principales atenciones del gobierno; los romanos, salvo la intervención, muy rara, de los magistrados, abandonaban este cuidado á la especulación privada. Polibio les hace de esto una inculpación, y puede deducirse de unas palabras de Plauto el resultado que dió esta libertad: «¿Soy yo esclavo tuyo ó lo eres tú mío?» dice un discípulo á su preceptor en las *Bachides*. Escuchad también las lamentaciones del pobre Lido y la comparación que hace de los nuevos hábitos con los antiguos. Enumerando Terencio los gustos de los jóvenes á la moda, coloca sin reparo á los filósofos con los caballos y los perros de caza (1). Sin embargo, los más ilustres romanos de aquella edad, los Escipiones, Paulo Emilio, toda la nobleza en fin, y todos los que se daban á imitar las buenas formas, rodeaban á sus hijos de preceptores griegos, que era lo que privaba.

Pero como vencidos, como esclavos comprados, ¿podían aquellos maestros educar á los hijos de los vencedores en las severas virtudes de sus antepasados?

«Los romanos, decía el padre de Cicerón, los romanos son como los esclavos de Siria: el que mejor sabe el griego es el más malo de todos (2).»

IV. — POPULARIDAD CRECIENTE DE LOS CULTOS ORIENTALES

Si hay que deplorar la alteración de las costumbres y la introducción de nuevos vicios en la vida romana ¿conviene sentir la obra de destrucción consumada en las creencias? En primer lugar, la decadencia del antiguo culto era inevitable, y es una buena razón para resignarse; en segundo lugar, el punto que ocupaban aquellos errores en los espíritus podrá ser ahora ocupado por una idea mejor de la divinidad que Cicerón va á entrever. Esta muerte era pues una renovación verdadera. Será menester tiempo; porque la duda, precursora de una creencia más pura, no es todavía más que la parte de algunos, y la antigua religión penetraba demasiado en los hábitos de la vida para ser arrancada

(1) ... *Aut equos alere, aut canes ad venandum, aut ad philosophos*. (Andr., 55.)

(2) Cic., *de Orat.*, II, 66.

de ellos fácilmente. Aunque el politeísmo romano daba muy poco consuelo en esta vida y menos esperanza para la otra; aunque se hubiera ya gastado á fuerza de servir, el pueblo no se desembarazaba de los temores supersticiosos que tanto tiempo había alimentado. Continuábase buscando el porvenir en las entrañas de las víctimas y en el vuelo de los pájaros, extraña superstición que no murió sino ayer, si es que está bien muerta, como quiera que subsiste todavía en Grecia. Crefase siempre en los prodigios, y se quería que se expiaran solemnemente en los altares de los dioses. Los senadores mismos se sobrecogían de espanto, cuando algún cónsul les anunciaba que había nacido una ternera con



La Providencia (3)

cinco patas; y dos hombres de tremenda voluntad, Mario y Sila, eran niños en cuanto á presagios. El uno tomaba consejo de la profetisa Marta, y un asno que iba á beber agua, ó dos escorpiones que reñían, le decían lo que debía hacer; el otro tenía fe en los amuletos y en los sueños. Tales como los incrédulos de nuestros días que temen que se les eche una suerte adversa, y ese personaje de comedia, que tiembla al ruido de su máquina de truenos que acaba de recomponer en casa del herrero de la esquina. La superstición y el libre pensamiento hacen excelente pareja en ciertos espíritus, como Dios y el diablo en otros. Algunos después de haber dudado, volvían á creer bajo el peso de la desgracia: esto es también de todos tiempos.

En cuanto á la masa de la población, conservaba sus penates, sus lares, sus dioses rústicos y su fe en aquel Júpiter, *óptimo y grande*, que reinaba en el Capitolio y hacía reinar á Roma en el mundo. Pero muchos también cuyo sentimiento religioso estaba poco satisfecho del árido formalismo de la religión nacional, buscaban nuevos cielos y hacían descender de ellos dioses extranjeros.

(3) Estatua del Museo del Louvre, núm. 323 del catálogo Clarac.

(1) Plin., *Hist. nat.*, VII, 31 ... *fascis litterarum janua submisit*.

Ya habían recibido el derecho de ciudadanía Apolo, Esculapio, Venus Ericina, la frigia Cibele, y las viejas deidades itálicas habían perdido su carácter para tomar una forma griega y costumbres menos austeras. Fauno y Silvano habían venido á ser Panes, Sátiros, Silenos. Jano y Jana se habían desprendido, y Roma tenía su Diana cazadora. Se había olvidado á Tages por Mercurio, á Libitina por Proserpina, á Sanco por Hércules; Matuta, la diosa del alba, se había trocado en Leucotea, y Portumno en Palemón ó Melicertes, etc.

Un ejemplo hará comprender mejor los efectos de esta transformación. El viejo Fauno, dios de los campos y de los ganados, oráculo infalible del porvenir, que revelaba por medio de sueños ó de voces repentinamente oídas, toma cuernos y una cola de cabrón y viene á ser el alegre y lascivo sátiro de la Grecia, persiguiendo á las ninfas, cuando la embriaguez no contiene sus pasos.

A las huellas de estos dioses griegos, las divinidades más peligrosas del Oriente se iban deslizando en la ciudad, y desde el año 220 Isis y Serapis tenían templos, que el senado hizo derribar.

En 181 se probó á legitimar estas novedades por medio de un piadoso fraude. «Unos labradores descubrieron al pie del Janículo, en el campo del copista Petilio, dos cofres de piedra, uno de los cuales, según las inscripciones, contenía el cuerpo de Numa, y el otro sus obras. Halláronse en este siete volúmenes escritos en griego sobre materias filosóficas, y otros siete en latín sobre el derecho pontificio. Habiendo leído estos últimos el pretor de la ciudad, observó que sólo contenían cosas contrarias al culto establecido (1). En virtud de su declaración de que estaba dispuesto á jurar que aquellos libros no debían leerse ni conservarse, el senado, de acuerdo con los tribunos, los hizo quemar en la plaza de los comicios (181).

Las divinidades orientales dieron un nuevo giro al sentimiento religioso de aquellos hombres, á los cuales había bastado por tanto tiempo un culto de tierra á tierra. Nacidas en ardientes climas, amaban los ritos fieros, los piadosos desórdenes: espectáculos dramáticos y ceremonias embriagadoras removieron profundamente aquellas pesadas inteligencias encendiendo en ellas el entusiasmo, el furor divino, y por la primera vez conoció el romano el arrebato en Dios, que según el carácter de la doctrina y el estado de las almas, produce efectos absolutamente contrarios: la pureza de la vida, ó la sensualidad, ó el libertinaje santificado por la creencia.

Los esclavos asiáticos, numerosos en Roma, contribuyeron sin duda, con sorda propaganda, á esta primera invasión de los cultos de Oriente, como sucedió después en los comienzos del cristianismo. Bastará mostrar los ritos de dos de estas religiones para que se vea en qué inesperada tendencia se empeñó el espíritu religioso de los romanos. Lucrecio traza de las fiestas de Cibele el siguiente cuadro, omitiendo detalles vergonzosos:

«Cuando los poetas de la Grecia cantan la Tierra, la representan sentada en un carro, de que tiran dos leones, y le ciñen la frente con una corona mural... Pero sacerdotes mutilados le dan cortejo...; los tamboriles resuenan entre sus manos, los címbalos, las trompetas, mezclan sus estridentes sonos con los acordes de las flautas frigias, que lanzan á la embriaguez las almas... Lleván dardos, instrumen-

(1) *Pleraque dissolvendarum religionum esse* (Tito Livio, XL, 29). El mismo historiador dice que algunos de estos libros parecían nuevos, *recentissima specie*. Numa no había podido escribir en griego, y el pretor del año 181 era incapaz de comprender el latín de Numa.

tos de su furor, y la muda imagen de la diosa atraviesa la gran ciudad sin manifestar su benevolencia. Los denarios de plata, los ases de bronce, las flores cubren el camino que su cortejo recorre. La diosa y sus sacerdotes están como envueltos en una nube de rosas... Entonces un grupo de hombres armados, con la cabeza adornada con un penacho imponente, danzan enlazados, se encuentran al azar, saltan á compás, mientras corre la sangre de las heridas que ellos mismos se hacen» (2).

Como aquellas extrañas solemnidades formaban parte del culto público (3), se guardaba cierta reserva, mas para indemnizarse luego en las sombras con los misterios de Baco. Oigamos ahora á Tito Livio:

«Un griego, especie de sacerdote y de adivino, hubo de traer á la Etruria esa misteriosa religión, que por contagio penetró en la ciudad, cuya extensión permite ocultar fácilmente todos los desórdenes. Una aventura particular puso á las huellas de los culpables. Ebucio, hijo de un caballero romano, fué educado, después de la muerte de su padre y de sus tutores, por su madre Duronia y por su pádrastro Rutilo. Este que había administrado la tutela, para no dar cuenta de ella, deseaba deshacerse de su pupilo ó tenerlo sujeto con algún lazo poderoso; y con este propósito persuadió á la madre á hacerlo iniciar en los misterios de Baco. Ebucio consintió y advirtió de ello á Hispala Fecenia, liberta á quien amaba. «¡Los dioses te preserven de eso! exclamó asustada la joven. Rutilo quiere quitarte á la vez el honor y la vida.» Y como el mancebo sorprendido quisiera saber más, pidió ella á los dioses y diosas que perdonaran por el exceso de su amor la revelación de los secretos que hubiera debido reservar. Entonces le contó que siendo esclava fué conducida por su ama á aquellos misterios, á los que no había vuelto jamás después de su emancipación: «Es una escuela de abominaciones, «le dijo, y le conjuro á huir de aquel abismo, donde tendría que soportar todas las infamias y hacerlas sufrir á su vez. Ebucio le prometió seguir su buen consejo.

Expulsado de la casa materna por su negativa, se refugió el mancebo en casa de su tía Ebucia, quien le aconsejó que fuera á revelárselo todo al cónsul Postumio. Después de haberlo oído, se trasladó el cónsul á casa de su suegra, Sulpicia, y le preguntó si conocía á la matrona Ebucia. «Es una dama de honor y de costumbres antiguas, contestó Sulpicia. — Pues bien, repuso el cónsul, necesito verla, ruégale que venga á tu casa.»

Cuando llegó la matrona, se presentó el cónsul como por casualidad é hizo recaer la conversacion sobre su hijo. La dama prorrumpió en sollozos. «Se le despoja de sus bienes, dijo luego entre suspiros, porque no ha querido iniciarse en misterios que pasan por infames.» Cerciorado ahora el cónsul de que el joven había dicho la verdad, quiso interrogar á Hispala en la misma casa de su suegra para no llamar la atención. Cuando la cortesana se vió citada á la casa de dama tan principal, tembló de pies á cabeza, y luego al ver en la puerta á los lictores consulares, se creyó perdida.

Tranquilizada por Sulpicia y apremiada por el cónsul, á decir la verdad, confesó que temía mucho á los dioses, cuyos misterios iba á revelar, pero también á los hombres que se vengarían de ella cruelmente. «El bosque sagrado de Simila (4), dijo, no se había abierto al principio sino á las mujeres tres veces al año, de día claro, y cada una de ellas

(2) *De Nat. rer.*, II, 601-634.

(3) En 205 se estableció el culto de Cibele en virtud de un senadoconsulto.

(4) Probablemente Semele, madre de Baco.

alternativamente era investida del sacerdocio. Una mujer campaniense, que pretendía haber recibido la orden del cielo, multiplicó las ceremonias hasta cinco veces al mes, las hizo celebrar de noche y admitió ya hombres. Desde entonces aquello fué una horrible mezcla de libertinaje y de crímenes. Extraviados por la embriaguez y por monstruosos excesos, aquellos hombres creían recibir, en medio de contorsiones convulsivas, la inspiración del dios. Las mujeres vestidas de bacantes, con los cabellos sueltos, el tirso en la mano y la nébrida flotante, corrían al Tíber y hundían en él antorchas encendidas, que retiraban sin que se apagaran; símbolo del dios mismo, á la vez sol, alternativamente hundido en las tinieblas y en la luz; fuego vital y creador que descendiendo y parece perderse en el seno de la creación, mas para fecundar en ella los gérmenes y para desarrollar la vida en todo su poder y esplendor.

«A los iniciados, recibidos todos antes de los veinte años de edad, se les revelaba el dogma oriental de que las acciones son indiferentes y por tanto que todo es permitido: así de aquella inmunda cofradía salían como de impura sentina los falsos testimonios, las firmas falsas, los testamentos supuestos, las delaciones calumniosas, los asesinatos, los robos, los crímenes todos. Los que rehusaban la iniciación, el juramento del secreto ó la infamia, eran precipitados por una máquina á sombrías y hondas cavernas, y alaridos salvajes y el ruido de los tamboriles y címbalos ahogaban los lamentos de las víctimas, degolladas ó deshonradas.»

La secta era ya tan numerosa que formaba casi un pueblo; y hombres y mujeres de nobles familias estaban afiliados á ella.

Hecha su declaración se prosternó Hispala á las plantas del cónsul, suplicándole fuera servido relegarla fuera de Italia á un ignorado retiro, donde pudiera vivir con seguridad. Sulpicia le dió una cámara en el piso más alto de la casa, tapiando la puerta de la escalera y abriendo otra al interior. Un cliente del cónsul hospedaba al mismo tiempo á Ebucio.

Cuando Postumio hizo su información al senado, sus palabras llenaron de espanto á los Padres, que temían que en aquellas tenebrosas reuniones no se tramara alguna conjuración contra la seguridad pública. Sublevaciones de esclavos habían estallado poco antes en Etruria (196) y en el Lacio, donde las ciudades de Setia y de Preneste habían estado en peligro de caer en poder de ellos, y todos los pastores de Apulia se agitaban, de tal modo que fué menester enviar contra ellos, algunos meses después de este hecho, un ejército al mando de un pretor, que condenó siete mil á muerte. El senado no había querido nunca reuniones secretas, y las encontraba ahora en Roma, á las puertas de la curia, y temía que las hubiera en toda Italia.

El senado dió un voto de gracias al cónsul Postumio por su celosa vigilancia, y encargó á los dos cónsules que informaran ampliamente sobre las bacanales y las devociones nocturnas, que velaran por la seguridad de los denunciantes y provocaran nuevas revelaciones ofreciendo recompensas. Por otro senadoconsulto, se prohibió á los iniciados de toda Italia celebrar asambleas.

En su consecuencia ordenaron los cónsules á los ediles curules prender á los sacerdotes y sacerdotisas de Baco; á los ediles plebeyos impedir las devociones secretas; á los triunviros capitales establecer puestos en todos los cuarteles de la ciudad, disolver las reuniones nocturnas y auxiliarse de los quinqueviros para prevenir los incendios que los culpables intentarían producir.

Después convocó Postumio el pueblo, recordó la prohibición de toda asamblea que no presidiera un magistrado, los antiguos edictos que repelían de la ciudad las supersticiones

extranjeras, á los adivinos, á los propagadores de oráculos y ritos que el senado y el colegio de los pontífices no hubieran reconocido. Y terminó anunciando persecuciones y castigos ejemplares.

La ciudad á su vez se estremeció y el terror cundió por toda Italia cuando á todas partes llegaron las cartas enviadas por los patronos de las ciudades y los huéspedes públicos con la copia del senadoconsulto y la alocución del cónsul Postumio anunciando las recompensas prometidas á los *delatores*, el tiempo concedido á los culpables para comparecer ante justicia y la prohibición hecha á todos los ciudadanos de ocultar á ningún acusado ni encubrir su fuga.

El gobierno no perdió momento en obrar. Apenas bajó Postumio de la tribuna, cuando los triunviros pusieron guardias en todas las puertas de la ciudad. Muchos fugitivos fueron allí detenidos, ó al topar con las guardias hubieron de desandar su camino, esperando poder ocultarse en Roma; otros se dieron la muerte. Los culpables eran más de siete mil. Cuatro de los grandes sacerdotes, llevados ante los córsules, confesaron y fueron luego al punto decapitados. Los iniciados que no habían hecho más que repetir la fórmula del sacerdote fueron condenados á prisión, y á muerte los que en mayor número habían celebrado los ritos. Las mujeres, entregadas á los que tenían autoridad legal sobre ellas (1), fueron juzgadas y ejecutadas en sus casas.

Un senadoconsulto, cuya copia poseemos (2), decretó que no hubiera ya bacanales en Roma ni en Italia, pero que se conservarían los altares y estatuas de antiguo consagradas á Baco. «Si alguno, decía, por escrúpulo de conciencia ó por temor de una desgracia se creyere obligado á celebrar estos misterios, venga á Roma á declararlo al pretor urbano, que deberá notificarlo al senado, y si estando reunidos cien senadores lo menos, se le concede el permiso, entonces podrá celebrar la ceremonia, á condición, sin embargo, de que no pasen de cinco los asistentes.

«Nadie podrá ser gran sacerdote ó maestro de un colegio de Baco, ni recogerá nadie dinero para constituir un fondo común en tal colegio.

«Se prohíbe ligarse por juramento ó comprometer mutuamente su fe.

«A fin de que nadie alegue ignorancia, publicaréis este decreto en las asambleas, en tres días de mercado, y se grabará en una tabla de bronce, que fijaréis en el lugar más á propósito para que se pueda leer fácilmente.

«Todo contraventor será castigado con pena capital.»

Otro senadoconsulto: «Los cuestores de la ciudad entregarán 100,000 ases á Ebucio y otros tantos á Hispala que han puesto á las huellas de esta conspiración. El cónsul se entenderá con los tribunales del pueblo para que, por una ley, se concedan á Ebucio los privilegios del veterano, y á Hispala el derecho de disponer de sus bienes, de casarse fuera de la casa de su patrono, de elegir tutor y contraer matrimonio con un hombre libre, sin que este incurra en riesgo para su hacienda ni en mengua para su honor (3). Los

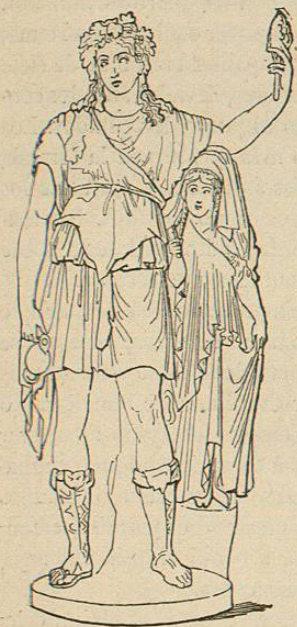
(1) ... *Cognatis aut in quorum manus essent* (Tito Livio, XXXIX, 18).

(2) Con la carta de los cónsules en que se ordena ejecutar todas estas prescripciones. Esta carta se encontró en 1640 cerca de Bari, grabada en una lámina de bronce: iba dirigida á las gentes de Teura, y todas las ciudades de Italia habían recibido copia. La lámina de bronce está actualmente en Viena. (*Corpus Inscript. Lat.*, de Berlin, t. I, p. 43.)

(3) En otros términos, el plebiscito provocado por el senadoconsulto confería á Hispala todos los derechos de las matronas. De otro modo, la hubiera heredado su patrono, el cual no hubiera autorizado su casamiento sino con otro de sus libertos, y hubiera sido su tutor necesario. Véase á lo que se exponía el hombre libre que se casara con ella: *Neu quid ei, qui eam duxisset, ob id fraudi ignominiaque esset*, dice Tito Livio. Augusto prohibió sólo á los senadores estos matrimonios.

cónsules, los pretores en ejercicio y sus sucesores velarán por la seguridad de ambos á dos.»

Estos acontecimientos son del año 186: la información continuó en los años siguientes, y todavía perecieron algunos cómplices. La mayor parte de ellos eran sin duda inocentes, como muchos de los inmolados en 186. En el asunto de las bacanales, no se ve indicio ninguno de conspiración contra el Estado; y los crímenes que se imputaron á los acusados, se imputarán más tarde á los judíos y á los cristianos. Los libertinos existieron ciertamente y los iniciados habían hecho desaparecer probablemente á algunos desgraciados cuyas indiscreciones temían. Los terrores y las confesiones de Hispala, más bien que las revelaciones obtenidas á precio de dinero, no pueden dejar ninguna duda. Pero este culto orgiástico, celebrado de noche, lejos de toda mirada, esta asociación secreta que tenía sus jefes y pedía una cuota á todos sus miembros, alarmó á los políticos lo mismo que á los antiguos creyentes. Aquellos cuyos hijos habían de llamar á los cristianos enemigos del género humano, no tuvieron dificultad en creer que los devotos de Baco eran enemigos de la república. En el fondo, el suplicio de los iniciados fué la primera persecución religiosa ordenada por el gobierno romano.



Baco

La supuesta conspiración hubo de poner á los espíritus en un estado que revela claramente la facilidad con que se exaltaban las cabezas de los romanos, cuando se dejaban poseer por los terrores supersticiosos. Una terrible peste azotaba á Roma y á Italia, hiriendo de muerte á un cónsul, á un pretor, á muchas personas principales y tal multitud de menores gentes que se hizo difícil el reclutamiento del ejército. El azote pareció generalmente una señal de la cólera celeste. El pontífice máximo hizo consultar los libros sibilinos; se consagraron ofrendas y estatuas doradas á los dioses curanderos, Apolo, Esculapio y Salus, y se ordenó á todos los ciudadanos mayores de doce años hacer durante dos días solemnes rogativas, llevando coronas de follaje en la frente y ramas de laurel en la mano.

Pero excitada la imaginación hizo ver también crímenes en aquellos numerosos funerales, y se pronunció la palabra envenenamiento, y cundió rápidamente, como sucede en tiempos de epidemia moral. Con esto, si hemos de dar fe á Valerio de Ancio, se hizo una información judicial que arrastró la condenación de dos mil personas, entre ellas una dama consular, Quarta Hostilia (1). Fué un nuevo holocausto al miedo.

En cuanto al proceso de las bacanales, bien merece que volvamos á él, porque nos instruye de muchas cosas importantes. Presenta al senado provocando plebiscitos, y hacien-

(1) En esta narración reuno muchos hechos que separa Tito Livio. Quarta Hostilia era la viuda del cónsul Carpuenio Pisón, que había muerto apestado. Las acusaciones de envenenamiento volvieron á suscitarse en 152, y dos nobles matronas fueron con este motivo ejecutadas en el interior de sus casas.

do por sí mismo leyes; poniendo en movimiento toda la administración, cónsules y pretores, ediles y tribunos del pueblo; arreglando las cosas de Roma y las de Italia. Hace ver hasta dónde llegaba ya la dependencia de los italianos, respecto de la ciudad que había venido á ser su capital y señora, como quiera que el senado les veda ciertos cultos y se reserva el poder exclusivo de conceder el *ius civitatis* á los nuevos dioses. Finalmente, tuvo graves consecuencias: los emperadores heredaron la desconfianza del senado para con las supersticiones extranjeras y las sociedades secretas; de modo que el senadoconsulto sobre las bacanales sirvió de regla para su política respecto de los judíos y de los cristianos.

Omitimos algunos pormenores de costumbres; los derechos aun reconocidos del tribunal doméstico; la semi-servidumbre del libertino; la facilidad con que un ciudadano puede mantener sin mengua relaciones públicas con una cortesana; la obligación en que estaba el patrono de una ciudad de tenerla al corriente de los negocios de Roma; en fin, el uso de las delaciones estimuladas con promesas de recompensas; detestable abuso que la república legará al imperio. Pero aun hay otra cosa más importante que retener, y es que Hispala no tiene la menor duda sobre el carácter religioso de estos misterios, que cree de origen divino, que teme la cólera de los dioses á causa de sus revelaciones; que el senado, en fin, piensa como Hispala, puesto que no proscribió al dios ni su culto, limitándose sólo á reprimir los abusos ó desórdenes.

Mas, para nosotros, estos desórdenes entran en una numerosa categoría de hechos análogos que registra la historia religiosa. En el seno de una asociación que se vale de procedimientos propios de las sociedades secretas, la iniciación misteriosa, el juramento solemne, la amenaza, el puñal á veces para los que violan la fe jurada, se encuentra una enseñanza de dogmas ocultos, de ritos impuros, la excitación de las almas y de los sentidos. Descuéntese la parte que se quiera de la exageración de estos horrores, siempre quedará lo bastante para acusar cierto estado de los espíritus que no se había producido aún en Roma y que permanecerá desenvolviéndose en su seno. Las bacanales proscritas reaparecieron (2), renovando sus escándalos los sacerdotes de Júpiter Sabasio. Fué preciso en 140 expulsar de Roma á estos piadosos varones con los astrólogos caldeos; pero volvieron muy pronto y tras ellos otros muchos. Sila, el conservador extremado, traerá al Enyo de los capadocios, y Varrón podrá decir: «Todos los dioses de Egipto han caído sobre Roma.»

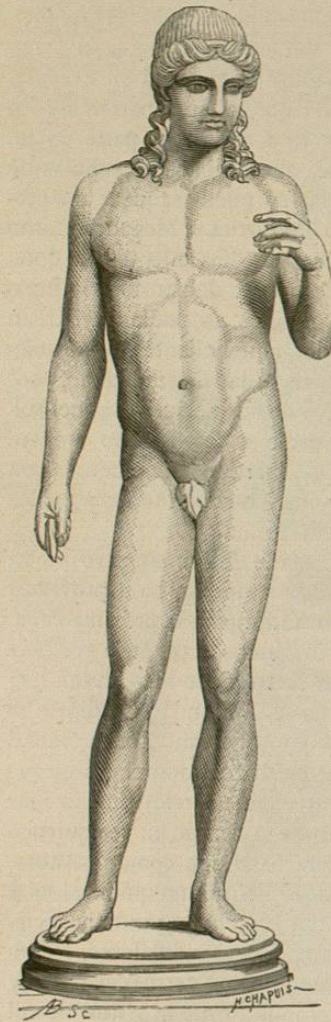
Acabamos de asistir á los comienzos, tan humildes como vergonzosos, de una revolución moral, que ejercerá la mayor influencia sobre los destinos del imperio.

Si se enlaza esta narración con lo que dijimos en el capítulo tercero se verá cómo para las cosas religiosas el espíritu romano atravesó, antes de llegar al cristianismo, tres fases que se sucedieron naturalmente.

La primera se señaló por el carácter estrecho y seco de la religión latino-sabina.

(2) Tito Livio, XXXIX, 8-19. A pesar de los rigores del año 186, continuaron las bacanales, si bien con más prudencia al principio, y luego sin ninguna reserva, dejando de ocultarse, pues el secreto era, á los ojos del gobierno, lo que constituía el peligro. En Lavinio, dice San Agustín (*de Civit. Dei*, VII, 21), se celebraban un mes seguido en medio de las más vergonzosas obscenidades. Justo es, sin embargo, añadir que jamás introdujeron los romanos en su culto público las prostituciones sagradas que deshonoraban á muchas religiones orientales. Su reserva preservó al Occidente de esta vergüenza. Sobre estos desórdenes considerados como actos piadosos, véase J. Baissac, *Origines de la religion* (1877).

La segunda apareció cuando la pesada esclavitud de aquel ceremonial formalista, adecuado á los groseros campesinos, se hizo insoportable á hombres, que, habiendo conquistado muchas provincias y muchas ideas, comenzaban á creer que la sabiduría humana valía más para los negocios del mundo que el favor de Júpiter. Conservaron sin embargo el antiguo culto, pero sólo como medio de gobierno, y hasta el fin del imperio pagano dejaron las instituciones religiosas confundidas con las políticas; mas para sí mismos, renunciaron á las antiguas creencias sin buscar otras; y los mejores se detuvieron en ese término medio del buen sentido y de indulgente duda en que se detuvo Horacio, cuando escribió estos versos que debieron parecer muy impertinentes, cuando menos, á los devotos: «Que Júpiter dé la vida y la riqueza; yo, por mí, me daré un alma siempre igual, que no turba nunca la fortuna favorable ó adversa.» Esta es la época que hemos alcanzado, la del escepticismo.



Apolo (1)

Ya se muestra la tercera fase. La duda filosófica de los consulares, cuya educación había formado la Grecia, no era para el uso de todo el mundo. Aquellos cuyo temperamento nervioso; fácilmente excitable, llevaba á las pasiones ardientes ó á las vivas fantasías, las mujeres, sobre todo, comenzaban á abandonar á los dioses nacionales, por tanto tiempo sordos á sus ruegos, y llevaban sus ofrendas á las divinidades que les llegaban del Oriente, con todo un cortejo de ritos extraños que inflamaban las almas y los sentidos. Era la preparación de la última transformación; pero se necesitará todo el tiempo de cuatro siglos para que aquellas almas frías é interesadas lleguen al misticismo, para que aquellos hombres pasen de sus locas alegrías á las melancolías religiosas, del culto de la vida al de la muerte. Se ve cómo vacila todo en la vieja Roma, costumbres y creencias: esperemos ver pronto una Roma nueva.

V. — INFLUENCIA DE LA GRECIA EN LA LITERATURA ROMANA.

Aquellos vencidos que sometían á sus vencedores ejercieron también en las letras romanas una influencia feliz? Aun no había brotado del alma de un latino ninguno de esos gritos de dolor ó de amor que da el verdadero poeta. La poesía es cosa individual, y en la antigua Roma la severa disciplina de las leyes y de la costumbre, *mos majorum*,

(1) *Atlas del Bol. Arqueol.*, t. VIII, p. 13.

no había permitido el vuelo del genio individual. Así, se había producido el fenómeno, único entre las naciones, de que un pueblo llegara á la más alta fortuna política, sin haber encendido el hogar literario donde se mantiene la llama del patriotismo y el calor de las grandes ideas.

Cuando los romanos entraron en la escuela de Grecia, no habían formado aún su lengua ni su gusto; de modo que su literatura, desde el día en que nació, hubo de señalarse con el carácter que siempre conservó: la imitación de la literatura griega; y esta dependencia, dócilmente aceptada, le impidió abrirse una vía particular, quedando así como un eco de las potentes y graciosas voces que la Hélade había oído.

La antigua Roma había tenido sin duda cantos de un carácter rudo y grosero, que el tiempo suavizaría, y poseía tradiciones, leyendas, gloriosos recuerdos, que hubieran sido preciosos materiales para un poeta nacional. Pero este poeta no vino, y desde el calabrés Ennio, que substituyó el antiguo verso saturnino con el exámetro griego, la poesía indígena, desdeñada, se perdió sin remedio.

Seducidos por las brillantes formas de la literatura griega, los grandes señores de Roma, los Escipiones, sobre todo, la popularizaron con tal y tanto celo, que hubo de resentirse el patriotismo de Catón. Todos hablaban en griego (2), el Africano, Paulo Emilio que se trajo los libros de Perseo, Flaminio, Escipión Emiliano, que se sabía á Homero de memoria. El pontífice máximo, P. Craso, conocía todos los dialectos del griego, el mismo Catón hubo de aprenderlo, y Ennio abrió en el Aventino una escuela para enseñar esta lengua. El año de la batalla de Pidna, Crates de Mallos, el comentador de Homero, vino á Roma y dió lecciones de griego que atrajeron la multitud, y Sila permitirá á los enviados griegos que dirijan en su lengua la palabra al senado.

Sin duda ganó en este comercio flexibilidad y elegancia el rudo idioma del Lacio; pero los romanos no se contentaron con tomar las ideas, sino que tomaron también las palabras, y algunos llegaron á mezclar las dos lenguas, como Lucilio, cuya frase no solía ser más que una taracea de palabras griegas y latinas (3). Fabio Pictor había escrito ya, en tiempo de la segunda guerra púnica, una historia de Roma en griego. El senador Postumio Albino, siguió este ejemplo, excusándose en el prólogo de haber cometido acaso faltas en un idioma extranjero; á lo cual contestaba Catón: «Pero ¿quién te obligaba á escribir en esa lengua?» Flaminio, á lo menos, no cometía barbarismos en los versos griegos grabados en los escudos de plata que colgó en los muros de Delfos. «¡Salud á vosotros, oh Dioscuros, hábiles caballerizos! Tito, de la sangre troyana, os dedicó esta noble ofrenda, cuando dió libertad á los helenos.»

El más original de los escritores de Roma, Horacio, se dará á conocer con versos griegos, y en medio de sus triunfos, aun dirá á sus conciudadanos: «De noche y de día leed á los griegos.» ¡Cuántas cosas nuevas, en efecto, filosofía y ciencia, galantería amorosa y tono precioso del petimetre, poesía lírica y versos elegíacos, cuántas novedades tenía ahora que expresar aquella lengua que durante siglos no había sabido más que decir de golpe el hecho brutal, como

(2) Los numerosos rehenes traídos de Grecia á Italia hicieron entrar el griego en el seno de muchas familias por las relaciones de la vida privada.

(3) Hor., *Sat.*, I, x, 23: *sermo lingua concinnus utraque suavior*. Cicerón (*de Off.*, I, 31) nota el mismo defecto, aunque él mismo pone el griego en casi todas sus cartas á Atico. (V. también Juv., *Sat.*, VI.) El pretor Albicio llegó al extremo de olvidar su lengua materna. (Fragm. *Lucilii*.) Luculo escribió también en griego, lo mismo que Cicerón; pero éste se guardaba mucho de cometer barbarismos, como los cometía á menudo Luculo, exprofeso, según decía.